



Carmen  
Naranjo

## Los jóvenes y el futuro de las ciudades (II)

El tema de la charla que se me asigna es realmente utópico. Aparece en el programa, con letras de imprenta algo que dice "La Juventud y el futuro de las ciudades".

Si pensara el conocimiento de las informaciones y al conocimiento lo llevara al túetano mismo de los huesos que estructuran nuestra sociedad, para intentar ser aprendiz de brujo de alguna escasa e hiriente pretensión de sabiduría, debo empezar por confesar que nuestras ciudades han perdido la dimensión del hombre que la habita. Las ciudades latinoamericanas, nuestras grandes urbes, que aparecen superpobladas en la soledad de nuestras geografías, no son ciudades para personas, para seres humanos, para niños y jóvenes. Son centros de peligro, concentración de accidentes, mapas de crímenes, puntos neurálgicos de violencia, imanes de actitudes intemperantes, muchas veces de rabia humana, de comercio humano, de densa prostitución humana, de circo rodante en que se exhibe el enanismo del hombre actual sin perspectiva de su dimensión y de su trascendencia, en que no se es heredero o heredador, sino simple transeúnte irresponsable de una vida en que debe aprovechar el goce de un tiempo que se mide en fines de semana o en la invalidante sensación de que no triunfamos porque nuestras marcas no se acercan a las definidas por el tipo del "jet set". La verticalidad del individualismo o del nacionalismo, demostrado en las figuras representativas, enajena por la intrascendencia de la simbología. La necesidad de las medidas horizontales en los campos básicos de la vida, como son la salud física y mental, la educación, la participación popular, la cultura como corriente liberadora e incorporadora, no tienen resultados demostrativos de imágenes turísticas o publicitarias, pero sí son la fertilidad que se requiere para que un hombre nuevo, responsablemente libre, sea el agente de otra organización social.

De la ciudad tradicional, de construcción románica que representa el patrón urbanístico español, que en mi país se reseña en la iglesia, la casa de las autoridades civiles y la plaza, con alamedas para caminar, con sitios para la tertulia y la meditación, en que se sentía como en nuestros pueblos rurales y conservadores que se había perdido el tiempo y el reloj de la ermita seguramente estaba parado en alguna hora de atrás, no queda más que lo poco salvado en aras del patrimonio histórico. Ahora la ciudad, definida tradicionalmente como la concentración de bienes y servicio, la residencia de las formas de gobierno, la médula vertebral de nuestros países, es un centro nervioso desequilibrado, patológico, que está a punto de representar la fenomenología más depurada nuestra contradictoria vida social: el ghetto de los clubes, de los hoteles, de las zonas residenciales, de los colegios privados, en que los niveles de sofisticación

muchas veces ofende por su poca concordancia con la realidad del país; el ghetto de la miseria rápido, fluyente, amenazador, reproductivo, en donde se estabiliza la improvisación, se agiganta la libre iniciativa de los que menos pueden y se aloja la problemática social de la marginalidad que no da tregua entre el inventario de necesidades y el suministro de servicios.

En el planeamiento de las ciudades no ha habido el cuidado necesario. La ley del crecimiento rápido ha tenido una velocidad vertiginosa y la demanda ha roto casi todas las previsiones. Los espacios verdes de las ciudades tradicionales son insuficientes, zonas de riesgo en materia de seguridad, y no se han hecho las reservas necesarias para proteger los intereses colectivos. La masa que se moviliza en la ciudad sufre problemas de transporte, carencia de recreación, falta de aire puro y la presencia de largas colas para el cine, para el autobús, para la compra de artículos y servicios, es el cuadro cotidiano, con su secuela de impaciencias, nerviosismo, crudeza, crueldad, violencia expresada en muchas formas.

Largas, lentas, laberínticas, son nuestras ciudades con su mosaico de contrastes y de valores.

La primera observación es la de una ausencia de previsiones, que ha favorecido la especulación de tierras y de sitios. La segunda es la de un descuido político en dos campos esenciales: la falta de una regulación urbanística adecuada que a tiempo impidiera el egoísmo comercial en el aprovechamiento de los espacios y obligará al ornato, al respeto de las zo-

nas verdes, de las anchas aceras y es más, limitara la altura de los edificios; la carencia de una política de desarrollo en favor de las zonas urbanas, para que el campesino con seguridad de trabajo, con bienestar social, amparado a la protección de un salario adecuado, se quede residiendo en su región, y no se arriesgue a la vida infrahumana que le va a deparar la ciudad. La tercera observación es la axiología, o sea la escala de valores, que rigen nuestras sociedades: el prestigio es lo que más nos preocupa y en aras del prestigio extendemos todas nuestras actitudes. En la ciudad el prestigio es la plataforma esencial para ser y desenvolverse. La educación capitalina, la familia capitalina, la formación capitalina, el hecho de vivir en la ciudad, da prestigio. El campo, la zona rural, por el contrario, resta prestigio. En esta misma escala de valores también encontramos contradicción entre lo que vale en la ciudad y en el campo.

Un mesero en el campo es un tipo de trabajo pocopreciado, pero un campesino que emigró y es mesero en la ciudad, tiene dentro de su zona una aureola de prestigio. El cambio de esta axiología es fundamental para solucionar afortunadamente la migración rural y otros problemas sociales en Latinoamérica. La cuarta observación es la cercanía con los mitos de fortuna, en que tanto creen nuestros pueblos, que se sienten lejanos en las zonas rurales y parecen accesibles en la ciudad, aun cuando es un juego en que se acaban pronto las ingenuidades.

En el crecimiento de las ciudades influye no sólo la migración rural, sino también la de los habitantes de ciudades menores y mayores que buscan siempre la más grande para convertirla en el marco de su desenvolvimiento.

Por último, es fácil observar que las facilidades de transporte han vendido a aumentar las poblaciones de las ciudades, pues han permitido una vida dual que permite la comunicación familiar y el relativo apego al medio de crianza mientras se realiza la aventura ciudadana.

Estas observaciones nos llevan a pensar qué son las ciudades para los jóvenes actuales, para partir de ahí hacia el tema "los jóvenes y el futuro de las ciudades".